

EL PAPA HABLA A LOS JESUITAS

La Congregación General de los jesuitas actualmente reunida en Roma, está siendo "noticia" en los cables de las agencias internacionales y en los medios de comunicación locales. Especulaciones, insinuaciones y pronósticos, van acompañando los diversos actos de la congregación, sean deliberaciones o elecciones. Frente a todo ello, la realidad de las palabras allí pronunciadas. Publicamos hoy el discurso que pronunciara Juan Pablo II en la Eucaristía del día inaugural. Tanto el tono como el contenido son de aliento, de confianza, de cariño. Llamada entrañable a la responsabilidad apostólica, religiosa y eclesial, que disponen para un trabajo libre y acucioso para enfrentar los problemas del mundo de hoy. Publicamos también las palabras, que, por los labios de uno de sus ayudantes, dirigiera el P. Pedro Arrupe en el momento de su despedida. Desde su silla de enfermo muestra con sencillez su recia y profunda espiritualidad, concebida como un ponerse en las manos del Padre. Y desde allí, mira, aun ahora, al futuro y nos llama a mirarlo con él abiertos a la novedad y anclados en la santidad. (N. de la R.)

Os exhorto a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz.

1. Queridos Hermanos,

Es para mí una alegría encontrarme hoy en medio de vosotros, como lo habéis deseado, para concelebrar el Sacrificio Eucarístico e implorar la abundancia de los dones del Espíritu Santo sobre la Congregación General que estáis a punto de comenzar.

En este momento, las palabras de Pablo a los Efesios, que hemos escuchado en la primera lectura, adquieren un matiz profético. Con estas mismas palabras me vuelvo a vosotros y os las repito con toda la efusión de mi corazón. Yo también, como el Apóstol, os exhorto a comportaros de una manera digna de la vocación que habéis recibido; a conservar con solicitud la unidad del espíritu en el vínculo de la paz.

Saludo en vosotros a todos los jesuitas del mundo, comprometidos en todos los frentes de la vida de la Iglesia: una gran familia llamada por una vocación particular a servir el Nombre de Cristo con una total disponibilidad para los intereses de su Reino. En este momento siento a esa gran familia reunida aquí, unida por los mismos ideales, por la misma llamada del Espíritu que de las entrañas de Cristo fluye a vosotros así como a toda la Iglesia: *De su seno correrán ríos de agua viva.*

En este espíritu de efusión de corazones, en la docilidad a la acción divina, comienza hoy la Congregación General. Se trata de un acto oficial en la vida de vuestra Familia Religiosa, un momento excepcional para vivir en la unidad del espíritu. Unidad del espíritu eclesial porque vosotros estáis vitalmente insertos en la Iglesia una, santa, católica y apostólica, a la cual vosotros queréis servir con total fidelidad. Sabiendo que ella es el Sacramento universal de salvación por la riqueza de la verdad y de la vida divina que comunica a los hombres. Unidad del espíritu ignaciano porque el carisma particular que hace de la Compañía un instrumento privilegiado de la acción de la Iglesia a todos los niveles, es el elemento total y distintivo, querido por el mismo Fundador, de vuestra actividad y de vuestra misión.

Esta unidad nace de la única fe, del único bautismo, de la única vocación cristiana y religiosa que es la lógica y austera floración de la primera. Se alimenta de la realidad ontológica trinitaria, es decir, de la vida del único Padre, del único Señor, del único Espíritu. Y hoy lo experimentamos de un modo particular: *Un solo cuerpo y un solo Espíritu como una es la esperanza a que habéis sido llamados.*

He aquí la raíz teológica y espiritual de la situación en que nos encontramos hoy. Por haberme ofrecido la oportunidad de vivirla con vosotros, hermanos queridos, os doy las

gracias de corazón.

2. Esta Congregación General tiene, además, una importancia particular por dos razones. En primer lugar debe escoger un sucesor al venerado Padre Arrupe, a quien me complazco en saludar aquí presente, manifestándole el reconocimiento general de que es objeto por haber regido a la Compañía con su ejemplo, su oración y su sufrimiento.

Por otra parte vuestra Congregación tiene la misión de orientar, de trazar las normas que han de regir en los próximos años el esfuerzo por llevar a cabo cada vez mejor, en las circunstancias concretas del momento presente, el ideal de la Compañía expresado en la Fórmula de vuestro Instituto: "Servir a Dios bajo el estandarte de la cruz y servir solamente a Cristo Señor y a la Iglesia su esposa, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra" (Carta Apost. "Expōsit debitum", 21 julio 1550).

Esta doble tarea es ciertamente grave; y es importante que recordéis las orientaciones y recomendaciones que mis venerables predecesores Pablo VI y Juan Pablo I os comunicaron con ocasión de vuestra última Congregación, y que yo mismo os he manifestado a vuestros Provinciales en febrero del año pasado. Son orientaciones y recomendaciones que conservan toda su vigencia y que debéis tener presente durante los trabajos de la Congregación General para garantizar su éxito del cual depende la vitalidad y el desarrollo de vuestro instituto. De aquí la necesidad de implorar al Espíritu Santo: "Ven, Santo Espíritu, y llena los corazones de tus fieles".

3. Vuestra Congregación General es un acontecimiento destinado a tener repercusiones importantes en la vida de la Iglesia. Esta es la razón por la que yo me intereso vivamente. La Compañía de Jesús es todavía la Orden religiosa más numerosa; se extiende a todas las partes del mundo; está empeñada, por la gloria de Dios y la santificación de los hombres, en los campos más difíciles y en ministerios arriesgados que son de gran utilidad para el servicio de la Iglesia. Por eso muchas personas, tanto sacerdotes como seglares, religiosos y religiosas, tienen puestos los ojos en vosotros; y lo que vosotros hacéis tiene con frecuencia repercusiones que no sospecháis.

Mis predecesores, también, han señalado en muchas ocasiones el vasto influjo que la Compañía ejerce en la Iglesia. En particular Pablo VI, de venerable recuerdo, no dudó en afirmar que "una solidaridad muy especial une a vuestra Compañía con la Iglesia católica; vuestra situación condicional, en cierto modo, a toda la familia católica". (21 abril 1969; c.f. A.A.S., 61 (1960), p. 317). Si esta responsabilidad pesa

sobre todos los miembros de la Compañía de Jesús, pesa hoy de una manera particular sobre vosotros que habéis sido elegidos miembros de esta Congregación General. Por eso el Papa se mantiene en estos momentos especialmente cercano a vosotros con su oración, sus esperanzas, y su estímulo paternal. Y lo hace una vez más con las palabras de la carta a los Efesios: *"Os exhorto... a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia... poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz"*.

4. En este punto yo estoy seguro que no perderéis de vista la naturaleza providencial y el fin específico de la Compañía. Como he dicho antes, la Compañía está empeñada en ministerios múltiples y difíciles. En el encuentro con los Provinciales, en febrero del año pasado, yo he trazado a grandes rasgos un cuadro de las actividades a las que habéis sido llamados: el empeño en la renovación de la vida cristiana, la difusión de la auténtica doctrina católica, la educación de la juventud, la formación del clero, la investigación de las ciencias sagradas y de la cultura en general, especialmente en el campo literario y científico, la evangelización misionera. (Cfr. A.A.S. 74, (1982) pp. 551-565).

Para llevar a cabo estas actividades apostólicas tan diversas, tanto en sus formas tradicionales como en sus nuevas modalidades, que corresponden a las exigencias de los tiempos conforme al Concilio Vaticano II, yo os animo de nuevo, con plena confianza en vosotros, *como una es la esperanza a que habéis sido llamados*.

El Papa cuenta con vosotros, espera mucho de vosotros.

5. Por eso, el vínculo muy particular que la Compañía tiene con el Papa, responsable de la unidad de la Iglesia en su totalidad, asegura a la misma Compañía fecundidad y seguridad, cuando ella se dispone, con plena disponibilidad y fidelidad, a militar en todos los frentes de la actividad eclesial. Hoy como en sus orígenes.

En los orígenes, vuestro Fundador, deseoso de consagrarse totalmente al servicio de Jesucristo el Señor, junto con sus primeros compañeros, misteriosamente guiados por la Providencia, vino a Roma para ponerse a la entera disposición del Papa Pablo III, y llevar a cabo las misiones que el Papa les diera, en los lugares que él determinara. Sabéis cómo Pablo III aceptó gustosamente estos propósitos y vio en ellos un signo particular de la acción divina.

En esta perspectiva, el "cuarto voto" toma una significación particular. Ciertamente no es poner freno a la generosidad sino garantizar una esfera de acción más profunda y más vasta, con la certeza de que el motivo más íntimo y secreto de esta obediencia religiosa, de este vínculo con el Papa, es el poder responder de un modo más tajante y con mayor dedicación "inmediatamente, sin tergiversar y sin excusarse de ningún modo", a las necesidades de la Iglesia en el campo, antiguo y moderno, del apostolado.

Al mismo tiempo que os expreso mi reconocimiento por todo lo que la Compañía ha realizado durante más de cuatro siglos de fecunda actividad, yo estoy seguro de poder, en el futuro, apoyarme en la Compañía para ejercer mi ministerio apostólico, y contar siempre con vuestra fiel colaboración para el bien de todo el pueblo de Dios. Sabed que el Papa sigue con interés vuestras actividades y pide por vosotros a fin de que, en la fidelidad constante a la voz del Espíritu, la Compañía de Jesús continúe recibiendo de la gracia de Dios la fuerza y el entusiasmo para su apostolado amplio y multiforme.

6. La Iglesia ha considerado siempre a vuestra Compañía como un cuerpo de religiosos preparados en espíritu y doctrina, dispuestos a hacer lo que se les pide en el cuadro de la misión universal de la Iglesia de evangelizar.

A través de los siglos los Sumos Pontífices no han dejado de confiaros tales misiones con la mirada puesta en las necesidades más urgentes de la Iglesia, y confiados en vuestra

generosa disponibilidad. Para limitarme a tiempos recientes, quisiera recordar la misión que mi venerable predecesor Pablo VI os encomendó el 7 de mayo de 1965: "cerrando filas, resitir decididamente al ateísmo". Misión que os propongo de nuevo con renovada urgencia mientras dura este "tremendo peligro suspendido sobre la humanidad" (A.A.S. 57, 1965, p. 514).

En noviembre 1966, cuando el Concilio Vaticano II acababa de concluir, el mismo Papa os pidió que cooperáseis en la renovación profunda de la Iglesia, enfrentada con un mundo secularizado. Y yo mismo, en el discurso a los Provinciales mencionado más arriba, repetí que "la Iglesia actual espera que la Compañía contribuya eficazmente a la implementación del Concilio Vaticano II del mismo modo que en tiempo de S. Ignacio y después de él, se esforzó por dar a conocer y por llevar a cabo las decisiones del Concilio de Trento, y por ayudar de un modo especial al Romano Pontífice en el ejercicio de su supremo magisterio" (A.A.S., 74, 1982, p. 557). Para conseguir este objetivo os invité entonces, y repito hoy la invitación, a que adaptárais a las diferentes necesidades espirituales de hoy "las diversas formas del apostolado tradicional que aun hoy día retienen todo su valor", y que prestaráis mayor atención a "las iniciativas que el Concilio Vaticano II ha recomendado", como son el ecumenismo, un estudio más profundo de las relaciones con las religiones no-cristianas, y el diálogo de la Iglesia con las culturas. En este punto, conozco y apruebo vuestra dedicación a la inculturación, tan importante para la evangelización, con tal que conserveis, con igual empeño, pura e intacta la doctrina católica.

7. Al hablar de vuestro apostolado en aquella ocasión, no dejé de llamar vuestra atención a la necesidad de promover, dentro de la acción evangelizadora de la Iglesia, la justicia que unida a la paz mundial es una de las aspiraciones de todos los pueblos. Pero esta actividad debe ser ejercida en conformidad con vuestra vocación de religiosos y sacerdotes, sin confundir la labor propia del sacerdote con la labor del seglar, y sin caer en la tentación de reducir la misión de la Iglesia a las dimensiones de un proyecto simplemente temporal... (reducir) su mensaje de salvación a un bienestar material" (*Evangelii Nuntiandi*, 32). Se trata de un magnífico campo de apostolado que se abre delante de vosotros: trabajar con celo renovado, fieles al mandato recibido del Papa, bajo la dirección del nuevo Superior General, y en estrecha colaboración entre vosotros.

La generosa realización de este ideal aumentará vuestro ímpetu apostólico, os ayudará a remontar las dificultades que en el misterioso plan de la divina Providencia están normalmente vinculadas a las obras del Señor, y suscitará numerosas vocaciones de generosos jóvenes que, escuchando la voz del Espíritu Santo, desean, también hoy, consagrar sus vidas a un ideal que merece ser vivido y de ese modo cooperar activamente en el trabajo divino de la redención del mundo.

8. ¡La Redención del mundo! Y he aquí que vuestra Congregación General se celebra en coincidencia con el Año Santo extraordinario, durante el cual la Iglesia trata de vivir con mayor intensidad el misterio de la Redención; precisamente vuestra vocación consiste en seguir de cerca a Cristo, Redentor del mundo, en ser cooperadores suyos para la redención de todo el mundo; consiguientemente vosotros debéis destacaros en el servicio del Rey divino, como reza la ofrenda que concluye la contemplación del Reino de Cristo en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio.

¡Hermanos amadísimos! Sea éste, para vosotros, el fruto especial del Año jubilar; un renovado impulso a vuestra vocación, que os invita por encima de todo a la conversión personal: "Abrid las puertas al Redentor", dejaos penetrar por el amor de Cristo y por su Espíritu, procurando actuar cuanto se dice en la plegaria que recomienda San Ignacio en la segunda semana de los Ejercicios: "Conocer íntimamente

al Señor para que lo amemos y sigamos cada vez más de cerca". El conocimiento íntimo, el amor fuerte y el seguimiento del Señor desde cerca son el alma de vuestra vocación. En otras palabras, debéis ser una Compañía de contemplativos en la acción que se esfuerzan en todo por ver, conocer y experimentar a Cristo, por amarlo y hacerlo amar, por servirlo en todo y en todos y por seguirlo hasta la Cruz.

Por otra parte, no se conoce al Señor —y vosotros que sois maestros de vida espiritual lo enseñáis a los demás— sin ponerse al mismo tiempo, con total docilidad y abandono, bajo la influencia del Espíritu Santo, que Cristo ha derramado sobre la humanidad como un río majestuoso y perenne. Por esto mismo, como hemos oído en el Evangelio de San Juan, Cristo nos llama para que vayamos a El y bebamos: *Si quis sicut veniat ad me et bibat*. Esta sed debe impulsarnos a entrar en la intimidad con Cristo para contemplar con él al Padre celestial y de allí sacar la fuerza, la luz, la perseverancia, la fidelidad para la acción exterior.

Para llegar a esta contemplación, San Ignacio os pide ser hombres de oración, para ser también maestros de oración; asimismo que seáis hombres de mortificación, para ser a la vez signos visibles de los valores evangélicos. La austeridad de la vida pobre y sencilla sea signo de que vuestro único tesoro es Cristo; la renuncia, con gozosa fidelidad, a los afectos familiares sea signo fecundo de amor universal que abre puramente vuestros corazones a Cristo y a los hermanos; la obediencia por motivos de fe sea signo de vuestra

estrecha imitación de Cristo que se ha hecho obediente hasta la muerte de Cruz: la unión de los ánimos en una vida comunitaria fraternamente vivida, superando toda eventual oposición y contraste, sirva de ejemplo en la Iglesia, en este año en que celebramos no sólo el Jubileo de la Redención, sino también el Sínodo de la Reconciliación.

Os pido asimismo que en este renovado compromiso de vida religiosa ejemplar sean formados desde el noviciado los jóvenes reclutados para vuestra Compañía.

9. He aquí, amadísimos Hermanos, cuanto la circunstancia de este día nos sugiere para común reflexión. Yo abrigo la esperanza de que, en esta Congregación celebrada dentro del Año Jubilar de la Redención, podáis seguir de verdad la voz del Espíritu que os llama: *solicitati servare unitatem Spiritus in vinculo pacis*.

Con esta fidelidad, la generosidad en el servicio de Cristo Señor, de la Iglesia su esposa, en unión con su Vicario en la tierra, sea siempre la característica de todo verdadero jesuita; sea el estímulo para los trabajos de la Congregación General que hoy comenzáis; sea el compromiso de gobierno del nuevo General que estáis por elegir. Todo esto espera la Iglesia de vosotros; lo espera asimismo el Papa, que participa en este rito solemne, que se une a vosotros en fervientes plegarias y que os bendice implorando con vosotros:

*Veni, Sancte Spiritus
reple tuorum corda fidelium
et tui amoris in eis ignem accende*

2 de septiembre de 1983

EL ADIOS DEL PADRE ARRUPE

Queridos Padres:

¡Cómo me hubiera gustado hallarme en mejores condiciones al encontrarme ahora ante Vds! Ya ven, ni siquiera puedo hablarles directamente. Los Asistentes Generales han entendido lo que quiero decir a todos Ustedes.

Yo me siento, más que nunca, en las manos de Dios. Eso es lo que he deseado toda mi vida, desde joven. Y eso es también lo único que sigo queriendo ahora. Pero con una diferencia: hoy toda la iniciativa la tiene el Señor. Les aseguro que saberme y sentirme totalmente en sus manos es una profundísima experiencia.

Al final de estos 18 años como General de la Compañía, quiero, ante todo y sobre todo, dar gracias al Señor. El ha sido infinitamente generoso para conmigo. Yo he procurado corresponderle sabiendo que todo me lo daba para la Compañía, para comunicarlo con todos y cada uno de los jesuitas. Lo he intentado con todo empeño.

Durante estos 18 años mi única ilusión ha sido servir al Señor y a su Iglesia con todo mi corazón. Desde el primer momento hasta el último. Doy gracias al Señor por los grandes progresos que he visto en la Compañía. Ciertamente, también habrá habido deficiencias —las mías en primer lugar— pero el hecho es que ha habido grandes progresos en la conversión personal, en el apostolado, en la atención a los pobres, a los refugiados. Mención especial merece la actitud de lealtad y de filial obediencia mostrada hacia la Iglesia y el Santo Padre particularmente en estos últimos años. Por todo ello, sean dadas gracias al Señor.

Doy gracias de una manera especial a mis colaboradores más cercanos, mis Asistentes y Consejeros —empezando por el P. O'Keefe— a los Asistentes Regionales, a toda la Curia, a los Provinciales. Y agradezco muchísimo al P. Dezza y al P. Pittau su respuesta de amor hacia la Iglesia y la Compañía en el encargo excepcional recibido del Santo Padre.

Pero sobre todo es a la Compañía, a cada uno de mis hermanos jesuitas a quienes quiero hacer llegar mi agradecimiento. Sin su obediencia en la fe a este pobre Superior General, no se hubiera conseguido nada.

Mi mensaje hoy es que estén a la disposición del Señor. Que Dios sea siempre el centro, que le escuchemos, que busquemos constantemente qué podemos hacer en su mayor servicio, y lo realicemos lo mejor posible, con amor, desprendidos de todo. Que tengamos un sentido muy personal de Dios.

A cada uno en particular querría decir "tantas cosas"...

A los jóvenes les digo: busquen la presencia de Dios, la propia santificación, que es la mejor preparación para el futuro. Que se entreguen a la voluntad de Dios en su extraordinaria grandeza y simplicidad a la vez.

A los que están en la plenitud de su actividad les pido que no se gasten, y pongan el centro del equilibrio de sus vidas no en el trabajo, sino en Dios. Manténganse atentos a tantas necesidades del mundo. Piensen en los millones de hombres que ignoran a Dios o se portan como si no le conociesen. Todos están llamados a conocer y servir a Dios. ¡Qué grande es nuestra misión: llevarles a todos al conocimiento y amor de Cristo!

A los de mi edad recomiendo apertura: aprender qué es lo que hay que hacer ahora, y hacerlo bien.

A los muy queridos Hermanos querría decirles también "tantas cosas", y con mucho afecto. Quiero recordar a toda la Compañía la gran importancia de los Hermanos. Ellos nos ayudan tanto a centrar nuestra vocación en Dios.

Estoy lleno de esperanza viendo cómo la Compañía, sirve a Cristo, único Señor, y a la Iglesia, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra. Para que siga así, y para que el Señor la bendiga con muchas y excelentes vocaciones de sacerdotes y hermanos, ofrezco al Señor, en lo que me quede de vida, mis oraciones y los padecimientos anejos a mi enfermedad. Personalmente, lo único que deseo es repetir desde el fondo del alma:

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; vos me lo disteis, a vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta.